

FLO. Nada os he ocultado, señora.
 CON. Con que quería seducirte?
 FLO. No, señora. El Conde no gasta tantos preámbulos con una pobre camarera. Quería comprarme.
 CON. Y el pajecito estaba presente?
 FLO. Escondido detrás del sillón. Venia á rogarme me interesara con vos para obtener vuestra proteccion contra el enojo del Conde.
 CON. Y por qué no dirigirse á mí misma? Me hubiera yo negado á interceder por él?
 FLO. Eso es lo que yo he dicho. Pero habiais de oírle expresar su sentimiento de partir, y sobre todo de privarse de veros! Ay Flora, qué hermosa es; pero qué imponente!
 CON. Imponente yo? No tiene motivo para decirlo. Siempre he sido su protectora.
 FLO. Vió luego en mi mano vuestra toca de dormir, y se abalanzó á la cinta.
 CON. Qué niñada! (Sonriéndose.)
 FLO. Quise quitársela, pero en vano. Si aquello era un leon! Sus ojos brotaban fuego. «Primero me arrancará la vida,» me dijo, esforzando su vocecilla de soprano.
 CON. Qué se ha de hacer!
 FLO. Es un diablillo el tal Narciso. Ya, ya!
 CON. Dejemos esas locuras. En fin, mi esposo...
 FLO. Estorbará mi boda, protegiendo á Gervasia, si no me presto á sus designios.
 CON. (Se levanta y se abanica fuertemente.) Está visto: me aborrece.
 FLO. Y por qué es tan celoso?
 CON. Como muchos maridos; por orgullo únicamente. Yo le he fatigado con mi ternura: este es mi único delito. En tal situacion sólo Lisardo podía ayudarnos. Vendrá?
 FLO. Así que el Conde haya salido á cazar.
 CON. Abre un poco esa ventana. (Abanicándose.) Hace un calor aquí...
 FLO. (Pobre señora! Está sofocada.) (Abre la ventana.)
 CON. Ingrato!
 FLO. (Mirando por la ventana.) Ya se va, ya se va el Conde. Ahora mismo atraviesa á caballo la huerta del Almendro. Simon le sigue, y dos, tres, cuatro lebreles.
 CON. Ya estamos libres por dos ó tres horas... Llaman? (Se vuelve á sentar.)
 FLO. Es mi Lisardo, mi Lisardo! (Va á abrir saltando.)

ESCENA II.

DICHAS Y LISARDO.

FLO. Ven, ven, Lisardito. La señora está tan impaciente...
 LIS. Y tú, pichona? La señora no tiene por qué estarlo. La cosa no vale la pena. Le has gustado al Conde, porque eres jóven y agraciada, y te quiere proteger. Es muy natural.
 FLO. Natural?
 LIS. Me ha nombrado correo de gabinete, y á tí secretario de embajada. El hombre no puede ser más campechano.
 FLO. Acabarás?
 LIS. Porque tú no aceptas, va á favorecer las miras de Gervasia. Y qué tiene de particular? Vengarse de los que se oponen á nuestros proyectos, trastornando los suyos, eso todo el mundo lo hace; y es lo que vamos á hacer nosotros mismos. A esto se reduce todo.
 CON. Y hablas con esa frescura de un designio que nos cuesta á los tres la felicidad?
 LIS. Qué! Nolo creais. Vaya!—Obremos con método. Tem-

plemos primero su codicia del bien ageno, inquietándole sobre la posesion del suyo.
 CON. Y cómo?
 LIS. Es cosa hecha. Un falso aviso contra vos...
 CON. Contra mí? Has perdido la cabeza?
 LIS. Oh! Él es quien debe perderla.
 CON. Un hombre tan celoso!
 LIS. Mejor. A un hombre de su carácter no hay cosa como irritarle un poco la vanidad y el orgullo. Y qué bien lo saben hacer las mujeres! Despues se les lleva con maña á donde se quiere. He hecho que D. Remigio reciba un billete anónimo en donde avisan á mi amo, que cierto galan os debe hablar hoy en la confusion de la fiesta.
 CON. Y te atreves á fraguar semejante impostura á costa de una mujer honrada?
 LIS. Con pocas me atreveria á hacerlo, por miedo de acertar.
 CON. Aún tendré que darle las gracias!
 LIS. Pero decidme, no será lo más gracioso del mundo verle emplear, espiondo á su mujer y bramando de celos, el tiempo que destinaba á rondar la mía?
 FLO. Sí, pero la oposicion de Gervasia...
 LIS. Ah! Eso es lo que menos me inquieta. Dile tú al Conde que irás al anochecer al jardín.
 FLO. Yo?
 LIS. Escucha, mujer. Las gentes que no se atreven á nada, no adelantan nada, ni sirven para nada.
 FLO. Gran sentencia!
 CON. ¿Con que tú consentirás que Flora vaya...
 LIS. Aunque estuviera borracho! Mirad; no faltará quien se disfrace con la ropa de Flora. Sorprendido despues en la cita, cómo la niega el Conde?
 FLO. Y quién se ha de disfrazar?
 LIS. Narciso.
 CON. Si se ha marchado!
 LIS. No; que está en casa. Dejadme obrar á mí.
 FLO. Oh! para una intriga es el único.
 LIS. Dos, tres, cuatro á un tiempo que se crucen; cuanto más embrolladas, mejor.
 CON. Su confianza me da aliento.
 LIS. Ese es mi objeto. Con que al instante vendrá el pajecito. Vestidle, peinadle. Yo le ocultaré despues; le daré mis instrucciones; y el señor Conde, que va por lana, saldrá trasquilado. Ahí viene Narcisito. Hasta luego.

ESCENA III.

FLORA, LA CONDESA Y NARCISO.

FLO. Entrad, caballero oficial. La señora está visible.
 NAR. (Se adelanta con timidez.) Cuánto me aflige ese nombre, señora! Me acuerda que debo abandonar este palacio; una madrina tan buena...
 FLO. Y tan hermosa!
 NAR. (Suspirando.) Ah! sí...
 FLO. (Remedándole.) Ah! sí. El hipocritilla este con sus ojazos negros y sus largas pestañas!... (Entrega á la Condesa el papel que quitó al paje en el acto primero.)
 Vamos, lindo D. Diego, cantad vuestro romance á la señora.
 CON. (Desdoblándole.) Quién le ha compuesto?
 FLO. Ahí teneis al culpable. Mirad qué colorado se ha puesto. Su rubor le acusa.
 NAR. ¿Es un delito... querer...
 FLO. Mira que lo digo todo, mal bicho!
 CON. Y... no cantais?
 NAR. Me da tanta vergüenza...
 FLO. Nan, nan, nan... La señora lo permite, modesto poeta. Yo te acompañaré.